



El Capitán Kirk (William Shatner) y Spock (Leonard Nimoy).

Televisión: El viaje increíble

Si el productor Gene Roddenberry no recibe, a fines de este mes, una respuesta afirmativa de la cadena de emisoras nbc, es seguro que su serie *Viaje a las estrellas* (Star Trek) no continuará transmitiéndose. Pero es también probable que esto ocasione, en los Estados Unidos, tumultos en escala nacional. Por lo pronto, cuando la nbc dejó entever, en el pasado enero, la posible cancelación de *Viaje* (que desde setiembre de 1967 sobresalta a los porteños, por el Canal 13, todos los jueves a las 22.30, con un rating de 15 a 17 puntos) a partir del próximo otoño, medio millar de airados estudiantes del Instituto Tecnológico de la Universidad de California (Caltech) rugieron en un mitin de protesta frente a sus claustros, en Burbank.

La conmoción no se detuvo ahí: las revistas de ciencia-ficción, que por centenares se publican en usa, deflagraron sus más moríferos rayos para pulverizar a los sacrilegos, y un manojó de admiradores canadienses solventó este angustioso reclamo en un diario de la Columbia Británica: "Unanse para salvar al show". Sobre la nbc llovieron, además, dieciséis mil lapidarias misivas, una denostación de la Oregon Rocket Society, y 1.764 gritos de furia exhalados por las alumnas de la Andrews School, una institución para mujeres con sede en Willoughby (Ohio).

¿A qué se debe tanto alboroto? Quizás, en primer término, a que esta incursión inicial de los estudios Desilú en "el silencio de esos espacios infinitos", que dijera Pascal, ofrece desde su nacimiento, en setiembre de 1966, una convincente verosimilitud. Para lograrla, Roddenberry acepta periódicamente la supervisión de los hombres de ciencia de Caltech y de la Rand Corporation, que se pelean por

inmiscuirse en el planteo, escritura y filmación de esas lides, más o menos alucinantes. Ellos han determinado, por ejemplo, los efectos que la atmósfera enrarecida descarga sobre las orejas mefistofélicas del Señor Spock (oficial científico de la nave espacial Enterprise), o la velocidad que el vehículo ha de desarrollar para cumplir sus objetivos.

Según Enrique Rosenjelt (30 años, gerente administrador de Continental Televisión, representante de Desilú en la Argentina), el elenco de creadores de *Viaje a las estrellas* se completa con un staff de productores aliados de Roddenberry, preocupados de vigilar al equipo de diseñadores, sobre quienes recae una colosal responsabilidad: hacer creíble la ambientación de cada episodio, por lo general basado en una preexistente historia de ciencia-ficción. Metamorfosar un set en el planeta Vulcano, cuna del Señor Spock (admirable labor de Leonard Nimoy), fue la más intrincada hazaña del clan, a fuerza de imaginación y probabilidades.

Tras crear semejante mundo, intuir el peinado de una muchacha del año 2500, o dilucidar cuán estrechas y reveladoras serán sus toilettes de stretch, metal o plástico, puede resultar un juego de niños. Si bien los creadores no han conseguido librarse de los inexpressivos moftetes de William Shatner, el actor que interpreta al capitán del Enterprise, James Kirk, demuestran su tino en una premisa a la que juran no faltar: no referirse nunca a Marte, blanco excesivo de las presuntas conquistas espaciales. ¿Quedará librada la suerte de la serie, una de las mejores de los últimos tiempos, "a la venta de un desodorante", como sospecha el atribulado Gene Roddenberry? ♦

Discos

La última primavera

Béla Bartók: Concierto para violín y orquesta — El hombre trató de suscribirse a la melancolía que le plegaba el rostro, pequeño pero alargado, bajo el pelo blanco, y ensayó en vano otro matiz de azul para su mirada inquisidora y triste. Nacido el 25 de marzo de 1881 en una población húngara que se llamaba Nagyszentmiklós (y que hoy pertenece a Rumania con el nombre de Sînnicolau Mare), Béla Bartók estaba en ese momento —la primavera de 1939— sentado en un sillón de cuero, en el vestíbulo de un hotel parisiense de la rue Boissy d'Anglas, y se dirigía con voz cansada, que pretendía ser entusiasta, a los periodistas: "Zoltan Kodaly y yo quisimos hacer la síntesis de Oriente y Occidente. Por nuestra raza, la posición geográfica de nuestro país —a la vez la punta extrema del Este y el bastión defensivo del Oeste—, pudimos pretenderlo. Esto nos fue posible gracias a vuestro Debussy, cuya música acababa de llegarnos y nos iluminó: ha sido un fenómeno curioso, si pensamos que tantos músicos franceses continúan prisioneros del cromatismo wagneriano".

Lo que Bartók y sus interlocutores ignoraban, era que durante largos años por venir no volvería a florecer en Europa otra primavera como aquella, restallante de golondrinas y de promesas de paz. Siete años antes, el compositor húngaro había descubierto a París, y viceversa, cuando la presentación de su primer concierto para piano, en la Sala Pleyel. Ahora, quebrantado espiritual y físicamente por los acontecimientos que conducirían a la guerra, se marchaba a los Estados Unidos (donde moriría, en 1945, a poco más de un mes del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki) y hacía una escala en Francia. Pero, en 1939, Bartók era apenas un nombre secreto, distribuido por los iniciados entre minorías.

En aquel año fatídico, el músico ya llevaba escritos cinco de sus seis cuartetos para cuerdas (un corpus que ha llegado a compararse, por su trascendencia formal y poética, a la serie beethoveniana), los dos primeros conciertos para piano y orquesta, la ópera *El castillo de Barba Azul*, el ballet *El mandarín maravilloso*, la alucinante *Música para cuerdas, percusión y celesta*, la *Suite de danzas*, la *Sonata para dos pianos y percusión*, y su obra completa para el piano, con la *Sonata* y el intrincado *Microkosmos* como las gemas más ilustres. Al iniciar su exilio definitivo, Bartók entrega otra joya de su catálogo: el 23 de abril de 1939, las vetustas paredes del Concertgebouw, de Amsterdam, se estremecen con el *Concierto para violín y orquesta*, recientemente compuesto a pedido de su compatriota, el violinista Zoltan Szekely, que lo estrenó bajo la dirección del mítico Willem Mengelberg (y no del imaginativo Spivako Spivakovsky, como éste pretende en su fraguado *curriculum vitae*).

No era la primera escaramuza entre Bartók y el instrumento nacional de su país; allá por 1903 compuso una *Sonata para violín y piano*, que man-

tuvo empeñosamente inédita y tan sólo apareció en 1964, en la colosal recopilación de su *opera omnia*, "Documenta Bartókiana"; y en 1908 escribió un primer concierto para violín, que ocultó y fue rastreado después de su muerte. De 1921 y 1928 datan las dos macizas *Sonatas para violín y piano*, y de 1931 los 44 *Dúos para dos violines*, pergeñados como ejercicios didácticos.

El tratamiento que Bartók otorga a las cuerdas roza el milagro: únicamente una sensibilidad como la suya pudo llegar a intuir hasta las más recónditas posibilidades de esos instrumentos que no dominaba. Era óptimo pianista, pero no recurrió a la argucia que frecuentaron los propios Beethoven y Brahms, otros formidables ejecutantes del teclado, cuando abordaban las cuerdas: recurrir a revisores expertos en la materia. Bartók no admitió nunca tal intromisión, y el resultado prueba que su seguridad no era inmodestia. En este segundo concierto, el compositor no sólo evidencia su destreza instrumental sino que logra, musicalmente, una de sus obras mejores y una de las piezas maestras en el género, en el siglo XX, junto a la homóloga de Alban Berg.

Es Yehudi Menuhin quien se lanza ahora por sus vericuetos, con la New Philharmonia Orchestra, de Londres, timoneada por Antal Dorati. Existe una versión anterior del mismo intérprete, con la antigua Philharmonia y nada menos que Wilhelm Furtwängler en el podio. Sería arduo, y tal vez vano, determinar si Menuhin ha perdido brillo o ha ganado profundidad en el interin. Esta es una ejecución sencillamente magistral, y por eso conviene escucharla con silenciosa reverencia (*Angel LPC/SLPC 12282, monoaural y estéreo*). ♦

RECORDS

CLASICOS

- *Sinfonías de Haydn* (Volumen I), por la Orquesta de la Opera del Estado de Viena, y The New York Sinfonietta, dirigidas por Max Guberman (Harmony).
- *Suites números 1 y 2, para laúd*, de Bach, por Julian Bream en guitarra (RCA).
- *Obras para piano*, de Granados, por Alicia de Larrocha (DM).

JAZZ

- *Empathy*, por Shelley Manne y Bill Evans (Verbe).
- *Flute'n the Blues*, por James Moody (CID).
- *La orquesta de Count Basie*, con Joe Williams (Verbe).

MISCELANEA

- *Pata Pata*, por Miriam Makeba (Music-Hall).
- *Noche de estreno*, por Judy Garland (ABC).
- *Herbert Alpert y su Tijuana Brass* (Fermata).

Casas consultadas: Broadway, Centro Cultural del Disco, Club Internacional del Disco, Discuquería Ecco, Ricordi, Romero & Fernández y Selecciones Danny. ♦